

Entrevistando a Sandy Saddler

Elite, 1950-01-21.

Y va con Sandy, el "asesino de Boston", no se deje engañar por los subtítulos que no hay ningún divo en puertas, ni se trata de un pacífico locutor que nos hace comprar cosas en las que no habíamos pensado antes de oírle repetir que son buenas.

Nenchew y yo queremos ser puntuales. Aún falta un minuto para las cinco y media cuando entramos en el "Waldorf" y Sandy nos prometió por teléfono una entrevista para sesenta segundos más tarde. Desde el "hall" podemos verle almorzando en compañía de dos señores. El se percibe de nuestra presencia y nos hace una seña amistosa. El comedor está vacío a estas horas y alumbran muy pocas luces.

Saddler nos invita a tomar asiento sin perder el tiempo ofreciéndonos del almuerzo como es vulgar, corriente e inútil en estos casos. Reanuda, sin dejar de sonreír, su comida y nos asegura que después de un magnífico viaje se encuentra en perfectas condiciones para repetir algunos k.o., a pesar de haberlos espaciado en estos últimos tiempos.

Ahora está empeñado en descuartizar un sumiso bifeck. Viste una camiseta color granate. Toda la luz de la única lámpara parece haberse refugiado en el desproporcionado blanco de sus ojos para presenciar complacido el sacrificio de un enorme filete. Sus puños están desnudos de todo lo que no sea el instrumental de circunstancias para despachar el trozo de carne, y observándolos nos parecen menos peligrosos que calzados de guantes. Su cuello parece menos delgado y más corto; allí juega su nuez al ascensor mientras come. Su diminuta cabeza nos recuerda la testuz de ciertos animales que tienen el pelo breve y ensortijado. Y, créalo o no el lector, nos parece mentira que este hombre enjuto y pequeño haya batido casi un record "anestesiando" hombres de mayor talla, y esas manos huesudas y en apariencia frágiles como los modelos de una lección de anatomía hayan sido el terrible instrumento.

Sus dos acompañantes guardan un silencio de ceremonias y nos olvidamos un poco de su presencia para ver sin contrastes a Sandy en la oscuridad.

- ¿Qué esperanzas trae a Venezuela?
- Las de ganar; si no, no vendría...

Este es el tercer viaje que el excampeón mundial hace a Venezuela y su discreción no sabe aún lo que hará frente a Jackson, su primer contrincante. Si lo supiera estaría un poco más tranquilo. Pero esto no quiere decir que desconfíe de sus puños y si hay algunos que afirman que su dinamita ha perdido fuerza es por que nos los han probado.

Sandy Saddler obtuvo recientemente la faja de los ligeros "junior" del mundo y volverá a disputar a Willie Pep la de los plumas que ostentó durante breve tiempo. Jackson, que ha sido noqueado seis veces, ha disputado tres peleas a Pep y ninguna de ellas ha perdido por K.O. Sandy espera vencer a Jackson, pero no está seguro de

tumbarle y una victoria por puntos no le satisfaría. El ha de lograr lo que no ha conseguido Pep.

Y en Sandy, que apenas deja de comer para hablar, esto parece una consigna...

* * *

Así hubiera podido empezar una entrevista con Sandy Saddler, y aún hubiéramos podido ofrecer al lector una ficción que distaría muy poco de lo que hubiera podido ser en realidad. Pero nos debemos al lector y nos debemos a la verdad y conste que no debemos nada a nadie... Ni a Sandy, que parece cotizar sus palabras a dollar cada una a pesar de no haberle regalado una puya.

Es verdad que llegamos puntualmente al "Waldorf" y verdad también que Saddler nos citó para esa hora. Como es verdad, también, que estaba el boxeador almorzando a esas horas, diré al lector el momento justo de dónde arranca la mentira.

Mentimos al afirmar que nos hizo una "seña amistosa". No hizo ninguna cuando nos vió. Siguió comiendo su bifteck, que era un filete de verdad, y tuvimos que acercarnos para presentarnos, saludarle y ofrecerle una cortés espera hasta que despachara su almuerzo.

Gruñó, más bien que contestó algo, y aún vi que guiñó un ojo completamente blanco a su compañero de mesa, enseñando el blanco de sus dientes en una sonrisa que me pareció maliciosa. Hasta ahora no debo nada a Sandy, porque el gruñido, la sonrisa y el guiño, fueron para su compañero de mesa y si a él aplica la tarifa que me dejó entrever a mí, desde aquel momento tiene un pasivo en su cuenta.

Por fin terminó de comer y nosotros de esperar; Sandy debió terminar de hablar, porque ya no habló más... que para decir, de forma inteligible y hasta sonriente: ¿Cuánto?

No podía dar crédito a mis oídos y por si hubo un error consulté a Nenchew con la mirada: – Dice que cuánto le pagamos.

– ¿Pagar, por qué? –aún estaba yo en el limbo.

– Por las declaraciones –me dice Nenchew con un gesto de disgusto.

Entonces se me ocurrió mirar detenidamente a Sandy y le ví, entre malicioso y molesto por mi sorpresa, un gesto de idiotizado que se asemeja mucho al de esos genios ignorados que reciben como una bofetada la afrenta de la incomprensión.

Y le dejamos. Dejamos a Sandy con su escolta sin una palabra de cortesía, porque merecía otra afrentosa que no llegamos a pronunciar.

Y dejamos las reflexiones al lector, porque no distarán mucho de las que nos hemos hecho nosotros y no valdría la pena repetir las aquí.